

Misión en Egipto: conservar un tesoro histórico



353

Información: Luis Amaro Cavada, Giselle Bordoy García, Dulce María Grimaldi Sierra, Patricia Meehan Hermanson, Hortensia Rodríguez López de la Rosa, Miriam Itzel Segura Galván

Texto: María Eugenia Rivera Pérez

Por primera vez, la Sociedad Mexicana de Egiptología, A. C. y la Universidad del Valle de México, con la colaboración del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) convocaron a los alumnos de las escuelas mexicanas de restauración para que se integraran a la Primera Misión Mexicana en Egipto, con el fin de reforzar al equipo de restauradores que desde 2005 han participado en el proyecto de conservación de la Tumba Tebana 39 de Puimra, ubicada en el Valle de los Nobles, al oeste de Luxor, Egipto.

Así, Hortensia Rodríguez López de la Rosa y Miriam Itzel Segura Galván, procedentes de la Facultad del Hábitat de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, y Giselle Bordoy García, de la Escuela de Conservación y Restauración de Occidente, se integraron en la temporada 2017 al equipo de restauradores del INAH constituido por Dulce María Grimaldi Sierra y Patricia Meehan Hermanson de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC) y Luis Amaro Cavada, profesor de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía (ENCRyM).



La Revista CR Conservación y Restauración entrevistó a los integrantes del equipo de restauración para saber más de esta reciente experiencia.

CR: ¿Cómo se incorporaron a la misión en Egipto?

Los restauradores del INAH junto con la Sociedad Mexicana de Egiptología elaboraron la convocatoria que se envió a las distintas escuelas, donde las coordinaciones académicas hicieron el seguimiento de los procesos para la selección de los participantes.

“Según las normas no escritas que se siguen para participar en las misiones en Egipto es necesario haber dirigido o ejecutado proyectos de conservación y no ser estudiante. Después de las primeras temporadas notamos que otros equipos de trabajo incluían alumnos y conforme avanzó el proyecto Tumba Tebana 39 fue necesario incrementar el número de restauradores, lo que permitió abrir una convocatoria a los alumnos”, refiere Dulce María Grimaldi.

Hortensia Rodríguez dice “nos incorporamos a la misión por medio de la convocatoria, los requisitos fueron dominio del idioma inglés, manejo de software para edición de imágenes, haber cursado la materia Taller de Conservación y Restauración de Pintura Mural y cubrir el costo del viaje. Enviamos nuestro *curriculum vitae* con la documentación requerida por las instituciones convocantes. Después entregamos un trabajo de investigación para allegarnos al proyecto y gestionamos el financiamiento de nuestro viaje, lo que nos ocupó varios meses de 2017”.

CR: ¿Cuáles fueron los preparativos de la temporada 2017?

Patricia Meehan, restauradora de la CNCPC-INAH, menciona “la temporada de 2017 se comenzó a planear desde el 2015, pues no tuvimos temporada en 2016 y, entre una temporada y otra, afinamos la propuesta. La temporada se planteó con la idea de cerrar fases en el trabajo de la tumba y seguir la lógica de los procesos de intervención. Entretanto elaboramos una ponencia y un artículo para el International Congress of Egyptologists en Florencia, en agosto de 2015, eso nos ayudó a evaluar y analizar los avances de la investigación, los tratamientos, los criterios que hemos empleado y nos dio más pautas para continuar. También el trabajo de gabinete avanzó en el registro de los relieves policromados, esto fue fundamental no solo como producto en sí, sino para hacer mucho más eficiente el estudio de las escenas y lo que se plantearía como prioritario para 2017. Pudimos hacer varias sesiones preparatorias del trabajo que realizaríamos en la temporada, por lo que llegamos organizados para ejecutarlo de manera muy eficiente”.

Giselle Bordoy explica “leímos el texto de Norman de Garies Davis (1915, publicado en 1922) como parte de la investigación que hicimos, ya que se nos asignó un tema específico a cada una de nosotras [estudiantes] y una zona de la Tumba Tebana 39”.

“Además se les proporcionó el informe que elaboramos en la CNCPC de la última temporada de la misión. Aunque tuvieron lecturas para prepararse con anticipación, resulta mejor llegar y conocer directamente la tumba” detalla Dulce María Grimaldi.

CR: ¿Cómo era un día de actividades en la misión?

“Al amanecer nos trasladábamos hacia la tumba y al llegar, como parte de las costumbres locales, saludábamos a cada integrante del equipo egipcio con un apretón de manos, que resultaba muy cordial y nos disponíamos a hacer nuestro trabajo” reseña Hortensia Rodríguez.

“A las diez de la mañana era el descanso, uno de los egipcios iba a comprar la comida, se ponía una mesa con un tablón de madera y platitos con delicias egipcias -tamilla (tortitas de haba), arúgula, frijoles (ful), queso agrio (mish), berenjenas y papas fritas, pan árabe, entre otras cosas-. Todos -mexicanos y egipcios- nos sentábamos a compartir la comida y antes de regresar al trabajo, tomábamos el té”, refiere Patricia Meehan.

Añade “a la una de la tarde nos retirábamos –antes debíamos ordenar y guardar todo–, el horario de trabajo en la tumba lo dictan los inspectores del Ministerio de Antigüedades. Regresábamos a El Boirat (nuestra aldea) para comer en la casa donde vivíamos. Nuestro cocinero egipcio cocinaba sopas y platillos egipcios muy ricos”.

Meehan recuerda “Algunos días después de comer visitábamos otras tumbas o templos de la zona que sirven como referencia de la tumba que trabajamos, por la tarde registraba las listas de fragmentos pegados o restituidos al muro, descargaba fotos, las clarificaba y escribía la bitácora o avanzaba en el informe. Otros días nos reuníamos con el equipo para revisar los avances. En ocasiones visitábamos a amigos egipcios, quienes nos invitaban a cenar y a convivir con sus familias”.

“Es muy interesante ver que la convivencia social forja puentes con la comunidad egipcia y las misiones de otros países, porque nos permite integrarnos más fácilmente y saber qué cosas podemos hacer y qué cosas mejor ni moverle, tanto en cuestiones de prácticas profesionales como en las relaciones humanas” refiere Luis Amaro.

Dulce María Grimaldi explica “la relación entre los restauradores egipcios y mexicanos es de pares y de reconocimiento a sus capacidades, donde el equipo determina cómo se van a hacer los procesos y quiénes los van a ejecutar. El factor humano es muy importante, sociabilizar es un aspecto cultural que le permite a los egipcios sentirse a gusto en el trabajo, te invitan a visitar sus casas para que conozcas a su familia y en consecuencia se establece un lazo de amistad. Esto no sucedería necesariamente con profesionales de otras culturas a quienes quizás les incomodaría tanta calidez. Los mexicanos aceptamos la invitación porque es similar a nuestra cultura, por ejemplo en la provincia mexicana todavía se dan estas convivencias. Al mismo tiempo podemos empatizar con los profesionales europeos y norteamericanos, quienes acostumbran otro código de comportamiento. Reconozco que los mexicanos podemos transitar hacia un trato o hacia otro, cosa que no todas las culturas pueden hacer. Esto ha favorecido el proyecto porque los restauradores egipcios se sienten integrados y han colaborado ampliamente”.

CR: ¿De qué forma se organizaron para trabajar en el sitio?

“La prioridad fue ubicar y restituir la mayor cantidad de fragmentos posibles en toda la tumba e iniciar con la fachada que era una sección que no habíamos abordado aún. Esto implicó el registro de todas las áreas faltantes a partir de lo que existía en 1918, cuando Norman de Garis Davies trabajó en la tumba y registró con dibujos, sumadas a las que ya existían antes de él y comenzar las búsquedas de fragmentos con criterios establecidos en cada área, dependiendo de las necesidades o requisitos de cada una, por ejemplo por tipos, colores o tamaños de representaciones, etcétera” dice Patricia Meehan.



Precisa “tengo, en el patio afuera de la tumba, una tienda de campaña donde sacamos mesas y los fragmentos que estoy trabajando, esta vez fueron los fragmentos de la fachada. Los clasifiqué por tipos de acuerdo con el tamaño de los jeroglíficos, si los registros (o renglones) de los textos estaban dispuestos de manera vertical u horizontal, si los jeroglíficos se leían de izquierda a derecha o al revés. Mientras coordinaba a dos restauradores egipcios, quienes iban limpiando y consolidando cuando era necesario cada uno de estos fragmentos. Un miembro del equipo mexicano iba fotografiando cada uno de los fragmentos de frente y lateralmente, me tocó coordinar cuáles se iban fotografiando. Junto con una de las alumnas observábamos los fragmentos y encontrábamos uniones entre ellos (los pegábamos después de hacer fotos y registrar los números), los buscábamos en los registros de Davies y si los localizábamos los apartábamos. En algunos casos, éstos se comenzaron a restituir al muro para ello trabajábamos con dos restauradores egipcios que tienen mucha experiencia”.

“La organización del trabajo fue una aportación de todos, porque dialogábamos para llegar a una metodología completa. Cada una se especializó en su área, llevábamos un registro digital de los fragmentos que encontrábamos y los documentados por Davis. Posteriormente, empezamos a ubicarlos en los muros, pero no fue una tarea sencilla, al principio un poco caótica porque son un cúmulo de fragmentos desde unos muy pequeños hasta otros de grandes dimensiones, como estaban previamente clasificados eso nos permitió identificarlos y así procedimos a su colocación” relata Miriam Itzel Segura.



Proyecto Tumba Tebana 39. Imagen: ©CNPC-INAH, 2017.



CR: ¿Cuáles fueron las actividades específicas del equipo de restauración?

“A mí me asignaron la fachada de la Tumba Tebana 39, la cual no había sido intervenida antes. Inicé con el reconocimiento del lugar y los tipos de relieves, identificando si iban hacia la izquierda o derecha, si eran alto o bajo relieve. Después hicimos unos gráficos en los que identificábamos lo que había y lo que faltaba. Posteriormente, trabajé en la colocación de unos fragmentos de la fachada, esto representó un gran rompecabezas que se hizo a partir de una propuesta previa y de la lectura que Norman de Garies Davis elaboró 100 años antes” detalló Hortensia Rodríguez.

Miriam Segura señala “desde la investigación me asignaron ciertas partes de la tumba, como la pequeña capilla de la cámara central y la cámara sur, donde habían lugares muy específicos que no fueron registrados por Davies y fuimos complementando la información. La ubicación de fragmentos fue un proceso complicado, teníamos relieves, jeroglíficos, escenas muy ricas en color y técnica de manufactura. De hecho parte de mi investigación fue identificar la técnica de manufactura y los materiales constitutivos de la Tumba Tebana 39. Durante la ubicación de los fragmentos en el muro, tuvimos que retirar intervenciones anteriores para poder colocarlos y hacer el proceso de registro final”.

Giselle Bordoy explica “me encomendaron el corredor en la parte sur de la tumba y el reconocimiento de los murales que comparé con los esquemas de Davies, lo que permitió la localización de fragmentos y aportó más información a los registros. En algunas partes del lado sur del corredor se hizo la estabilización de aplanados”.

“Mis actividades se han enfocado hasta ahora en el manejo de fragmentos, su clasificación por tipos, localización y restitución. Eso ha implicado tareas de sistematización de las listas de fragmentos, el registro de faltantes y lo que se va restituyendo, el estudio de las escenas, los textos jeroglíficos en conjunto con la epigrafista Gabriela Arrache y colaboración con el equipo de arquitectura cuando estos fragmentos requieren de soportes estructurales. Asimismo, participo en la restitución de los fragmentos a su lugar original cuando se localizan y establecer criterios de búsqueda de fragmentos, además en la toma de decisiones sobre la sustitución de fragmentos que presentan problemáticas particulares”, manifiesta Patricia Meehan.

Complementa “otra de mis actividades era revisar los fragmentos de cada caja y coordinarme con el equipo que estaba trabajando dentro de la tumba para examinar los fragmentos que iban identificando como faltantes en las escenas que les tocó registrar”.

Luis Amaro dice “me he dedicado a hacer tratamientos con los restauradores egipcios, por ejemplo resanes. No es una tarea que se me haya asignado sino que ellos son más abiertos conmigo para expresar sus inquietudes sobre el trabajo, a mí me toca solucionar antes de que se genere un problema y transmitir la información de forma efectiva”.

CR: ¿Existen semejanzas y diferencias en conservación entre México y Egipto?

“Tanto los egipcios como las misiones extranjeras que trabajamos en Egipto compartimos la formación europea y la manera de afrontar los problemas es bastante similar. No obstante han llegado misiones europeas con integrantes muy jóvenes, que al enterarse de cuáles son



nuestros alcances o cómo abordamos la intervención, utilizando materiales compatibles de la región, reconocen que les gustaría hacer lo mismo, pero las escuelas europeas siguen manejando materiales sintéticos. Los propios restauradores egipcios ocupan cemento, pero aceptan las propuestas que hacemos de usar materiales compatibles” explica Luis Amaro.

Patricia Meehan detalla “primero que nada en ambos países estamos trabajando con patrimonio cultural por lo cual el nivel de responsabilidad es el mismo. En ambos casos, este patrimonio se encuentra bajo la tutela de instituciones u organismos públicos que son muy similares. Como hacemos en nuestros proyectos del INAH en México, trabajamos con equipos multidisciplinarios, otras instituciones y gente local y consensuamos las decisiones desde todas las perspectivas”.

Añade “en cuanto a la conservación, la base de la metodología de trabajo es la misma. Hay que entender el problema, realizar las mismas acciones de registro y documentación, estabilización, facilitar la lectura, comprensión y disfrute de la tumba y su decoración. Esto con base en una serie de principios y criterios tanto filosóficos como técnicos. Las diferencias están más en el tipo de soluciones que hay que aplicar ya que las problemáticas son diferentes y particulares al entorno, a las condiciones climáticas, a las técnicas de manufactura y materiales, a los distintos usos o historia que han tenido los espacios, entre otros. En mi caso, trabajo en el sureste de México, en condiciones geoclimáticas muy distintas (semitropicales o tropicales), lo que exige mucho trabajo para ir paliando las causas de alteración y es un proceso muy complejo y de largo tiempo. El clima de Egipto es mucho más noble y permite un mayor control de las causas de deterioro. Una gran parte de éstas ha sido resultado de los distintos usos de la tumba en su extensa historia”.

“Otra diferencia es que en la zona de Tebas (y resto de Egipto), además de las instituciones egipcias, trabajan instituciones de diversos países para estudiar y conservar el patrimonio cultural. Esto nos ha dado la oportunidad de conocer distintos acercamientos al estudio y a la conservación del patrimonio” indica Patricia Meehan.

CR: ¿Qué conclusiones tienen de la temporada 2017 en Egipto?

Miriam Itzel Segura Galván reconoce “México tiene lo necesario para contribuir al mundo de la conservación y la restauración internacional. La tarea del restaurador es maravillosa al estar en contacto con bienes culturales de esta naturaleza”.

“Es muy gratificante haber intervenido un bien del patrimonio mundial en Egipto. Este tipo de experiencias permite a los alumnos tener un crecimiento formativo muy importante y fue muy alentador que nos trataran como profesionales” afirma Hortensia Rodríguez López de la Rosa.

Para Giselle Bordoy García “realizar trabajos en una cultura distinta y conocer a misiones de otros países que intervienen en Egipto fue una experiencia enriquecedora en cuanto a criterios y metodología”.

“El trabajo que ha realizado la misión mexicana tiene un avance aproximado de 60 por ciento. Los tratamientos y medidas de conservación aplicados han sido exitosos, ya que se ha conseguido la estabilidad de la tumba y de los relieves en un 80 por ciento. Las intervenciones han sido monitoreadas aproximadamente durante 10 años y han dado buenos resultados. Además, la tumba ahora está mucho más comprensible, ha sido posible recuperar notablemente su lectura, tanto en términos arquitectónicos como de las escenas y textos que decoran casi toda la tumba. En este sentido ha sido importante la aportación en su puesta en valor. Estamos por alcanzar un nivel de intervención de la tumba en la que quede estable y comprensible. Nos acercamos a una etapa en la que se tomarán decisiones de su presentación final –niveles de intervención, ya de restauración y de preparación para la visita pública” afirma Patricia Meehan.



“Para mí todas las experiencias de trabajo son únicas y de todas aprendo mucho. Cada sitio tiene sus problemáticas y sus particularidades. En este caso, he aprendido mucho no sólo sobre el Egipto faraónico, sino más en concreto sobre materiales, técnicas de manufactura, condiciones y procesos de alteración y deterioro, de formas y técnicas de conservación, en algunas cosas distintas y en otras similares a las nuestras. Quizá el mayor impacto es al ampliar mi visión y el cómo enfrentar las distintas problemáticas. También ha sido muy enriquecedor trabajar con un equipo conformado por gente no solo de distintas disciplinas e instituciones, sino además de otra cultura –muy similar en muchos aspectos y muy distinta en otros–”, relata Patricia Meehan.

“En esta temporada tuvimos la oportunidad de contar con la participación de estudiantes, tanto de dos escuelas de restauración (Escuela de Conservación y Restauración de Occidente y Facultad del Hábitat de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí) como de arquitectura (de la Universidad del Valle de México). Esto, además de permitir un mayor avance en el trabajo, trajo nuevas visiones y soluciones a procesos, permitió reforzar metodologías de trabajo y en general enriqueció en todos los sentidos la experiencia. Fue posible continuar con los procesos que ya se estaban llevando a cabo desde las temporadas anteriores. También se inició y dio un buen avance en el trabajo de nuevos frentes (fachada de la tumba). Además se afinó y puso en marcha una metodología más eficiente para la búsqueda y reubicación de fragmentos” puntualiza Patricia Meehan Hermanson. “Participar en el proyecto de la Tumba Tebana 39 me ha permitido refrescar mi experiencia, no es lo mismo hablar de restauración a los alumnos cuando estás en un taller en condiciones completamente controladas, que son distintas a las que se presentan en este tipo de proyectos. Me gusta darme cuenta que el patrimonio cultural nos vincula con gente que de otra forma no conocerías, me hace ver otras dimensiones y perspectivas” afirma el profesor Luis Amaro Cavada. Agrega “aún falta mucho por hacer, al cabo de todas las temporadas quedamos satisfechos de los progresos, pese a que nuestros tiempos son muy acotados”.



Proyecto Tumba Tebana 39. Imagen: ©CNCPC-INAH, 2017.

